



Serie: **MUJER, PODER, MATERNIDAD**
¿SERÁ IMPOSIBLE?

Son malabaristas: mantienen un equilibrio difícil entre el espacio de la familia que sostienen y la vocación pública que eligen. Muchas veces padecen el conflicto de esos dos mundos, dudan ante los dilemas inevitables. Pero se mueven con el deseo de estar a ambos lados de la línea entre familia y vida pública, cruzándola libremente de ida y vuelta...

I PARTE

RECOPIACIÓN:
XINIA ROJAS
 xrojas@diarioextra.com

Hasta ahora la relación que las mujeres mantienen con el poder sigue siendo difícil. A pesar de que ya tienen reconocidos la mayoría de sus derechos como seres humanos y como ciudadanas, el acceso a los cargos de poder es todavía hoy una asignatura pendiente. Así como terminar de ci-

mentar lo importante que es que la mujer pueda alternar su maternidad con su carrera profesional y el trabajo de manera que no afecte negativamente la atención a los hijos.

Quizá las necesidades económicas que hoy vivimos, hagan difícil encontrar un equilibrio óptimo entre la dedicación de la mujer al trabajo y al hogar. Pero es más importante que nunca afirmar que el mundo laboral debe aprender a respetar el don de la maternidad; si no

lo hace, corre serios riesgos de deshumanizarse. Porque el ámbito del trabajo y el de la cultura, necesitan del "genio" de la mujer para ser más acogedores, más "vivibles", más "disfrutables".

La mujer-madre, puede hacer una contribución peculiar en este sentido, si se la deja de tratar como a un hombre -también si ella misma deja de intentar parecerse al hombre-, y se respetan sus tiempos, si se facilita la adaptación de sus obligaciones laborales a su particular

condición maternal.

Y es que si la incorporación de la mujer al mundo laboral ha sido relativamente rápida, la participación

femenina en los niveles de adopción de decisiones no ha evolucionado al mismo ritmo. Y todo esto ocurre a pesar de que, en formación,

hace años que las mujeres van a la universidad, alcanzando ya en muchas carreras una cuota superior a la masculina.

Melinda Gates

Es la mujer de uno de los hombres más ricos del planeta. Tienen tres hijos maravillosos y una casa de 95 millones de dólares; juntos han decidido lanzar una recaudación de fondos de 4.000 millones de dólares para facilitar métodos anti-conceptivos seguros a 120 millones de mujeres de los países en vías de desarrollo.

«Todas las vidas tienen el mismo valor -asegura Melinda, con serena sencillez-. Los embarazos no deseados provocan la muerte de más de 200.000 mujeres y la de casi tres millones de neonatos en el primer año de vida. Es una realidad sobrecogedora, que debemos, podemos y queremos cambiar».

La pareja trata de hacer lo posible para que su corroteo a lo largo y ancho del mundo no interfiera demasiado en la vida familiar y, desde que Melinda y Bill empezaron a trabajar a tiempo completo para la fundación, se ha vuelto más fácil sincronizar sus compromisos y compartir el cuidado de sus dos hijas, Jennifer y Phoebe, de 16 y 10 años, respectivamente, y su hijo Rory, de 13.

«Me vuelco entera en lo que hago -afirma, con una sonrisa irónica, Melinda-. Todos los años voy a conocer a los nuevos profesores de mis hijos y les digo que me avisen si acaso mi comportamiento es el de una madre hiperprotectora, porque es lo último que quiero. Y, tengo que admitirlo, alguna vez han tenido el coraje de decírmelo».

La empresaria, esposa y madre es la tercera mujer más poderosa del mundo, según Forbes. Desde su creación la Fundación Bill y Melinda Gates, de la que es cofundadora y copresidente, ha destinado

26.000 millones de dólares a causas benéficas.

Ella comenzó su andadura profesional, precisamente, como empleada de Microsoft, y tras contraer matrimonio con el dueño de la empresa, Bill Gates, creó la Fundación, una ONG que ha donado más de 24.000 millones de dólares y trabaja para promover una mayor equidad en las áreas de salud, educación, acceso a bibliotecas y apoyo para niños necesitados.

Melinda se graduó con las máximas calificaciones en las ursulinas de Dallas. Precisamente, el hecho de haber recibido una educación católica ha inducido a algunos conservadores cristianos a criticar el apoyo de esta mujer a proyectos para el control de la natalidad.

«Hay demasiada gente que lleva el problema al extremo -re- plii-

ca Melinda-. En Estados Unidos, el 82 por ciento de los católicos consideran moralmente aceptable la anti-concepción. Yo estoy segura de que aporta enormes beneficios a las mujeres que luchan por dar a sus hijos la oportunidad de salir de la pobreza».

La pareja se comprometió a donar a fines filantrópicos el 95 por ciento de su patrimonio (unos 58.000 millones de dólares) aseguran que sus hijos, Jennifer, Phoebe y Rory, siempre tendrán «lo bastante para hacer algo, pero no tanto como para no hacer nada», como atinadamente ha comentado el multimillonario Buffett, y amigo de la pareja.

Dilma Rousseff

La presidenta de Brasil, nació al norte de Brasil el 14 de diciembre de 1947 y cursó sus primeros estudios en colegios privados católicos. A finales de 1970 contrajo matrimonio con otro de los integrantes del movimiento guerrillero, Carlos Franklin Paixão de Araújo, con quien tuvo su única hija. Hoy es considerada la segunda mujer más poderoso-

sa del mundo, detrás de la canciller alemana Angela Merkel, según el ranking anual de la revista Forbes.

Es la tercera mujer electa presidenta en América del Sur, solo antecedida por la argentina Cristina Fernández y la chilena Michelle Bachelet. Asumió el cargo de máxima dirigente de Brasil, en 2010, y desde entonces ejecuta un plan de gobierno que sigue

básicamente los mismos pasos que su antecesor, Lula da Silva, en áreas sociales, económicas e internacional, focalizando su acción en acabar con la pobreza extrema.

Entre los grandes retos que se le aproximan, además del liderar el bloque de los BRICS, tiene a su cargo la organización del Mundial de Fútbol de 2014 y los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro 2016.

La semana pasada, justo después de que la revista Forbes la calificara como la segunda mujer más poderosa del planeta ella reflexionó sobre la naturaleza de su trabajo y su condición de madre. La mandataria, de 65 años, confesó que si no tuviera una hija ya adulta, su trabajo le resultaría una misión imposible.

«Si fuese más joven y tuviese hijos pequeños o adolescentes, no lograría ejercer en plenitud la presidencia de la República. Por ejemplo, estoy yendo ahora para Etiopía. Si en mi ausencia, sucediese cualquier cosa con un hijo pequeño, abandonaría todo y volvería corriendo. El sentimiento materno es mucho mayor que cualquier cosa», dijo, y reavivó así el siempre latente debate sobre las dificultades que enfrentan las mujeres en un mundo cuyas reglas todavía siguen siendo muy masculinas...



MAÑANA LAS OTRAS FEMININAS EN LAS ESTRUCTURAS DE PODER Y OTRAS MADRES PODEROSAS DEL MUNDO